

Así pues, no perdamos las esperanzas de que llegue un día, en el que los hombres sean gobernados por leyes mas sabias, mas conformes á su naturaleza, y mas capaces de hacerlos virtuosos y felices. Un buen rey, como otro Hércules, puede ahuyentar de sus estados los monstruos, los vicios y las preocupaciones que se oponen igualmente á la felicidad de los soberanos y de los súbditos. Los pueblos serán felices cuando los reyes sean sabios. (1) *Las naciones y los hombres, dice Platon, no se verán libres de sus males hasta que, por un favor del cielo, reunidos el soberano poder y la filosofia en un mismo hombre, logren que la virtud triunfe del vicio.*

CAPITULO IV.

Deberes de los Grandes.

SE llaman *grandes* las personas elevadas sobre sus conciudadanos por su poder, sus empleos, su nacimiento y sus riquezas. En un estado bien constituido, esto es, donde la justicia fuese fielmente observada, los ciudadanos mas virtuosos, los mas útiles, los mas ilustrados, serian los mas grandes ó los mas distinguidos;

(1) *Plato tum denique fore beatas republicas putavit; si aut docti, aut sapientes homines eas regere capissent, aut qui regerent omne suum studium in doctrinâ et sapientiâ collocassent.*

Plutarco, vida de Numa, y Cicer. ad Q. fratrem.

el poder solo se hallaria en manos de los mas capaces de ejercerle en beneficio de la sociedad. Las dignidades, los empleos, los honores, las señales de consideracion pública solamente serian concedidas á los que las hubiesen merecido con sus talentos y su conducta, las riquezas y las recompensas serian únicamente para los que supiesen hacer de ellas un uso provechoso á sus conciudadanos. De donde se infiere claramente que la virtud sola da justos y legitimos derechos á la grandeza.

Si como se ha hecho ver, toda autoridad que se ejerce sobre los hombres, no puede fundarse sino sobre las ventajas que ella les proporciona; si toda superioridad, toda distincion, toda preeminencia sobre nuestros semejantes, para que sean reconocidas por ellos, suponen unas dotes y cualidades superiores, unos talentos apreciables, y un mérito poco comun, es forzoso convenir en que los que carecen de estas cualidades entran en el número de la multitud, y que el poder ejercido por hombres indignos de él, y la autoridad de que se hallan revestidos, son unas verdaderas usurpaciones, á las cuales la violencia solamente puede hacer que los hombres se sometan.

El amor preferente que todo hombre se profesa á sí mismo, le hace desear elevarse sobre sus iguales, y causa en él la envidia y los zelos de todo lo que le hace sentir su propia inferioridad; mas si el hombre tiene sentimientos de

equidad, estos zelos desaparecen al ver que aquellos que le son preferidos, ó se distinguen de él, poseen talentos y cualidades apreciables, de las cuales él mismo puede aprovecharse. Así el mérito y la virtud calman la envidia de los hombres, y les obligan á reconocer la superioridad de los que se aventajan á ellos en sus legítimos honores, y en una elevacion bien merecida; entonces los hombres consienten en manifestarles señales evidentes y ciertas de sumision y de respeto, superiores á las que manifiestan á sus demas conciudadanos.

Aunque la equidad natural prescribe que sean respetados y conservados los derechos de todos los ciudadanos fuertes ó débiles, ricos ó pobres, grandes ó pequeños, quiere sin embargo tambien, por la utilidad general, que aquellos que producen mayores bienes y ventajas, sean recompensados con señales particulares de estimacion y de aprecio, y con las deferencias que merecen sus servicios á la sociedad. Este es el origen natural y legítimo de los diversos estados ó clases, en que se hallan divididos los ciudadanos de un mismo pais: esta desigualdad es justa, porque se dirige al bienestar de todos; es laudable, porque se funda en el reconocimiento de la sociedad á los beneficios y servicios que recibe; y es útil, porque se vale del interes personal para escitar á los hombres á obrar el bien, como un medio de obtener la superioridad á que todo hombre anhela,

Con las pruebas de un verdadero mérito se adquiere justa y legítimamente el derecho de elevarse sobre los demas; todo otro camino seria inicuo, no consentido por la sociedad, contrario á sus verdaderos intereses, y mirado por ella como una usurpacion manifiesta. Aun en los gobiernos mas despóticos, los empleos, el poder y las dignidades conferidas á los ciudadanos incapaces ó perversos, causan odios y resentimientos á los demas ciudadanos; el temor únicamente puede impedir que se manifieste su ira, y él solo arranca con la fuerza una sumision á que resiste el corazon: la virtud consigue sinceros homenajes, recibéndolos con un placer puro; mientras que el vicio siempre inquieto y receloso, sabe muy bien lo que valen los respetos que se le tributan.

La verdadera grandeza del hombre y su verdadera dignidad consisten en hacer bien á los hombres, en mostrarles afecto, en servirlos, en derramar sobre ellos favores y beneficios, por los cuales consienten y reconocen su poder y superioridad. De aquí se sigue que los grandes, si quieren hacerse dignos del cariño verdadero y de los respetos voluntarios de sus conciudadanos, deben evitar en su conducta el orgullo, los modales altaneros, un tono imperioso, y en una palabra, todo lo que pueda humillar á los hombres, haciéndoles sentir su flaqueza é inferioridad. La dulzura, la afabilidad, una tierna compasion, un profundo respeto

á los desgraciados, un sincero deseo de servir, son las cualidades con que los grandes debieran siempre distinguirse. La grandeza que solo se muestra en su dureza, su arrogancia y su desden, irrita los corazones de todos; los beneficios que de ella arranca la importunidad, son mirados como insultos, que producen ingratos.

¿Hay nada mas pueril y mas bajo que la vanidad tiránica de algunos grandes, que únicamente parece que desean el poder para granjearse enemigos? Parece que dicen á todo el mundo, *respeladme, porque sino yo puedo estermi-
naros.*

El poder ¿tiene nada de halagüeño, cuando solo sirve para aterrorizar y atraerse las maldiciones de los hombres? La grandeza inaccesible no es buena para nada; la grandeza sin piedad es una ferocidad verdadera; un ministro cruel hace que caiga sobre su señor una parte del odio con que es mirado de todos. ¿Cuántas sublevaciones no han producido los modales altaneros de algunos favoritos incapaces de reprimir su orgullo! ¿Cuántas sangrientas guerras han tenido por causa primera la insolencia de algun ministro altivo y soberbio, cuya temeridad ha hecho correr la sangre de las naciones! (1) ¿Que agitaciones de terror y de espanto

(1) El orgullo insolente del Marques de Louvois para con un Holandés distinguido fue, segun dicen, la principal causa del odio de los Holandeses á Luis XIV, y de los disgustos y pesares que estos causaron á este Principe durante la guerra de sucesion de España.

no debieran sentir todos los ministros de los reyes, cuando se ven en la forzosa necesidad de aconsejarles la mas justa guerra, principalmente si reflexionan todos sus horrores! ¿No debieran temblar al proponer un impuesto desolador, ó un edicto cruel, cuyos efectos trascenderán por siglos á los confines mas remotos del imperio!

Mas el poder y la grandeza ordinariamente ensoberbecen el corazon del hombre, le embriagan, y le causan una especie de delirio (1). Pudiera muy bien decirse que los grandes solo pretenden hacerse terribles, y cuidan muy poco de hacerse amables. En la clase elevada en que la fortuna los coloca, no creen que están enlazados con sus conciudadanos, con su patria, ni con su nacion. Estas falsas ideas son las que hacen tan frecuentemente odiosa á la grandeza, y suscitan enemigos al poder. La educacion que se da comunmente á los que su nacimiento destina á los grandes empleos, es casi tan descuidada como la de los príncipes, á quienes deben representar algun dia: prescindiendo de las luces que estos empleos requieren, las personas llamadas á tomar parte en los cuidados de la administracion, debieran principalmente aprender á conocer á los hombres, y á descubrir lo que ellos son, á fin de saber lo que

(1) *Fortuna nimium quem fovet, stultum facit.*
Publius Syrus.

les deben, y el modo de moverlos mas eficaz y poderosamente en beneficio de sus propios intereses. La educacion de los grandes debiera enseñarles sobre todo la moral, como el arte de hacerse amar de los hombres, de conocerlos, y de unir sus intereses á los nuestros.

Pero en casi todos los paises, no es el mérito ni la virtud quienes abren el camino á las dignidades, sino el favor, la cabala y la intriga. No parece sino que la voluntad del príncipe, ó la proteccion de sus favoritos bastan para hacer que descendan sobre un hombre todos los dones necesarios para bien administrar un estado. ¿Es acaso en medio de los infinitos y complicados negocios, y en medio de las intrigas y asechanzas, donde un ministro aprenderá su ejercicio? Para mantenerse en el goce de su empleo, forzosamente ha de olvidar y desatender sus negocios; se fiará del trabajo de otros; falto de luces y conocimientos, su confianza quedará frustrada á cada paso; y esta solo podrá concederla á hombres mal elegidos, y á hechuras suyas, que habiéndose hecho lugar en su ánimo con adulaciones y bajezas, contribuirán con su impericia, sus necesidades, sus vicios y sus traiciones mismas, á la ruina y caída de sus protectores.

Del mismo modo que las riquezas, todo el mundo desea el poder y la grandeza, sin sacar partido de estos bienes para su propia felicidad.

De que sirve el poder, si con él no se con-

sigue el cariño, la benevolencia, y la sincera consideracion de los hombres sobre quien se ejerce? ¿Como es que, caidos en la desgracia un válido ó un ministro, se ven enteramente abandonados de todos? Esto consiste en que ellos no han usado de su poder para obligar á nadie, ó porque solo han servido y hecho bien á los ingratos, derramando sus beneficios y sus gracias en hombres sin mérito ni virtud.

El mérito ha de ser buscado, porque raras veces se presenta en la corte de los reyes: la virtud, por lo comun tímida, no se atreve en ella á darse á conocer; y ademas poca entrada ó lugar tendria. El mérito se aprecia á sí propio, y no consiente deshonorarse con intrigas y bajezas. Por el contrario, el vicio atrevido y desvergonzado se manifiesta con descaro en un país, donde conoce los medios de prosperar. Los ministros intrigantes y perversos necesitan instrumentos que se presten á todos sus pensamientos y deseos; la probidad perturba y molesta á los malvados; el mérito oscurece y arredra á la medianía; los grandes talentos alarman é intimidan á los incapaces, y no tienen la docilidad que se requiere para agradar á los hombres injustos; esclavos de la adulacion, los hombres constituidos en dignidad están casi siempre rodeados de un sinnúmero de bribones unidos contra la virtud, y de traidores prontos á sacrificar á sus mismos protectores á cualquiera que les prometa alguna ventaja porque vendan

su confianza, ó porque los abandonen. La serpiente, que camina arrastrando, se eleva á unas alturas inaccesibles á los animales mas ligeros; mas su veneno se hace mas sutil y activo con los esfuerzos y fatigas que le cuesta la subida.

La moral, siendo la única ciencia que enseña á conocer á los hombres, á descubrir los móviles de sus acciones, y á juzgar de ellos, es útil á los ministros, á las personas constituidas en dignidad, y á los poderosos de la tierra. La virtud, aunque menospreciada, desatendida y vilipendiada comunmente por la grandeza, ¿tiene sin embargo algo de real y verdadero? Si, ciertamente: solo en el corazón del hombre de bien puede encontrarse una sincera afición, una verdadera amistad, un verdadero reconocimiento; en vano seria buscar estas cualidades en las viles almas de esos sicofantas que acompañan de continuo á los ministros y á los grandes; estos siembran casi siempre en una tierra ingrata, que nunca producirá sino espinas y abrojos. Un ministro se ve de continuo acometido por las intrigas de aquellos á quienes sus favores han puesto en estado de que puedan dañarle con mas seguridad.

Mas el poder ciega al hombre; el ministro, el válido, el cortesano, engañados de su amor propio, se vanaglorian de que su poder no se acabará jamas, los ejemplos de las frecuentes desgracias que ellos mismos han presenciado,

no pueden desengañar á unos personajes tan vanos que presumen que la fortuna hará escepcion de ellos, ó que su talento superior y sus ardidés les sacarán libres de los escollos en que otros han perecido. Esta ilusion hace sin duda que tantos ministros en su privanza trabajen incesantemente en apoyar los esfuerzos de un despotismo destructor, en echar por tierra el poder de las leyes, en destruir la libertad pública, y en esclavizar á su misma patria: estos imprudentes no ven que estas leyes y esta libertad que ellos destruyen, y estas barreras que echan por tierra, no podrán protegerlos á ellos mismos en el dia de su afliccion (1).

(1) La historia, tanto antigua como moderna, nos presenta abundantes y terribles ejemplos de los reveses que la fortuna ha dado en todos tiempos á los ministros y á los favoritos. ¿Que cosa mas espantosa que la caída de los *Sejan*, de los *Rufin*, de los *Marigní*, de los condestable de *Luines*, de los *Strafford*, etc., etc., etc. ! Poco hace que una nacion oprimida por largo tiempo vió con los mayores trasportes de alegría la merecida desgracia de dos ministros tiranos (el Canciller de *Maupeou*, y el Abate *Terray*). El primero, despues de haber destruido insolentemente las leyes y los tribunales de su país, y dispersado cruelmente á los magistrados, se vió él tambien desterrado y conducido á un retiro, desde donde oía los gritos y la algazara de todo un pueblo aplaudiendo su caída. El segundo, despues de haber esprimido con la mayor impiedad las últimas gotas de la sangre de sus conciudadanos, á pesar de la dureza de su corazón insensible, se vió condenado á consumirse de vergüenza y confusion por la bajeza con que él mismo se hizo el verdugo de su nacion. Compárese la suerte de estos viles instrumentos de la tiranía con la de que, en medio de su desgracia, gozaba poco antes un ministro noble, generoso y benéfico (el duque de *Choiseul*) á quien las intrigas de

Los ministros debieran vivir desconfiados de los favores siempre falaces de un déspota, el cual, regularmente falto de equidad, de luces y de reconocimiento, solo sigue sus caprichos, y es guiado en sus cariños y en su odio por los impulsos de los que momentáneamente se apoderan de su débil alma. Los servicios mas fieles y mas señalados, son bien pronto dados al olvido por los tiranos estúpidos, incapaces de apreciarlos, porque ellos mismos no son realmente sino esclavos y viles instrumentos de los que halagan sus pasiones momentáneas. No hay ministros, cuyo favor pueda contrapesar en el ánimo de su corrompido y vicioso amo, con el de una manceba, con el de un rufian, ó con el de un nuevo favorecido: los que sirven ó contribuyen á los placeres de un príncipe, le interesan mucho mas que no los que solo tienen el mérito de servir bien al estado. El buen ministro no está seguro del favor sino al lado de un soberano ilustrado y virtuoso.

Los ministros mismos tienen, pues, el mayor interes en que el príncipe sea virtuoso; así que, lejos de adular á los déspotas sometiendo á su arbitrariedad la patria, lejos de provocar contra los pueblos á estos leones desencadenados, de-

estos monstruos habian separado de la corte. Este en su retiro halló la calma, el contento interior de su espíritu y la constante y fiel amistad; al paso que los otros hallaron en él la vergüenza la impotente rabia, un general abandono y la execración de los hombres de bien.

Repetidos ejemplares antiguos, y bien recientes, confirman en nuestra España estas mismas verdades. T.

berian oponer la razon, la verdad, la justicia, y aun el terror á sus furiosos enojos; deberían tener siempre muy presente que sin leyes no hay grandezas, dignidad ni privilegios algunos seguros; que un gobierno injusto, siempre guiado del capricho, destruye en un momento cuanto se opone á sus locas fantasías; que á sus ojos, los hombres mas elevados, los mas hábiles, no son sino esclavos, que un débil soplo los reduce al polvo y á la nada. Entre los tiranos del Asia, el visir que mas ha contribuido á sostener ó ampliar la tiranía de su señor, se ve frecuentemente obligado á ofrecer humildemente su garganta al cordon que el ingrato le envia con sus mudos asesinos.

Todo favorito de un soberano debiera tener presente de continuo, que él es un ciudadano escogido para asistir con sus luces á otro ciudadano encargado por la nacion de la administracion general del estado; todo ministro debiera conocer que servir á un déspota en sus designios, es hacerse él mismo esclavo con toda su posteridad, es degradarse á sí propio, es arriesgarse sin defensa á los golpes de la tiranía, es renunciar al título de ciudadano por el de traidor. Todo ministro virtuoso debe renunciar su destino, cuando la perversidad ó la tiranía le ponen en la imposibilidad de ser útil á su patria: el ministro complaciente á los caprichos y vicios de una corte estragada, tan mal sirve á su amo como á su pais. Un depositario de

la autoridad , si es que no ha sofocado en su alma todo afecto de honor ó de vergüenza , no debe estar un momento indeciso en huir y renunciar de un poder que solo le atraeria el desprecio y el odio de sus contemporáneos , y la execracion de la posteridad ; el crédito de un ministro de la tiranía , ademas de ser poco durable , es seguido de un oprobio eterno. El ejercicio de injusto , de cruel exactor y de verdugo de sus conciudadanos ¿ puede acaso ser glorioso y digno de la ambicion de un hombre de honor ?

Por los ministros juzgan siempre los súbditos de sus soberanos , los aman ó los aborrecen , los estiman ó los desprecian. Por esto los príncipes tienen el mayor interes en no confiar el poder sino á hombres justos , moderados y virtuosos , que son los que harán amable y respetada la autoridad. El soberano puede muy bien engañarse acerca de los talentos del espíritu , pero con dificultad se engañará en las costumbres de la vida privada ; él debe saber que un avaro , un sensual , un hombre entregado á las mugeres , un pródigo , un hombre duro y sin piedad , ó un ente ligero y vano , son incapaces de hacer amable y respetado el poder. La probidad , el amor del trabajo , la afabilidad , las buenas costumbres , son cualidades mucho mas importantes en un ministro , que no un talento superior , el cual es muy raro , ó que un entendimiento sublime , espuesto á estraviarse , y siempre temible

y perjudicial , cuando no está sujeto á la razon tranquila. Una preocupacion muy comun persuade á los soberanos como al vulgo , que el talento basta por si solo para llenar los grandes destinos ; mas el talento se halla sujeto á fatales estraviós , cuando no está acompañado de la bondad de corazon. El talento y el entendimiento juntos con la justicia , la rectitud , la esperiencia y las buenas costumbres , constituyen un hombre de estado , un ministro querido y reverenciado ; ellas forman un Sully , un Maurepas , un Turgot , un ministro verdaderamente ciudadano , que jamas separará los intereses del príncipe de los de sus vasallos.

No solo prestándose á la injusticia y á la tiranía un ministro se hace culpable con su patria , sino tambien descuidando sus deberes , y dando á la disipacion , á la intriga y á los placeres el precioso tiempo que debe á los negocios del estado. Todo hombre empleado pertenece al público y á sus conciudadanos ; si es ligero , inaplicado é indolente , puede hacerse tan criminal como si fuera decididamente un perverso. ¿ Que de acriminaciones y remordimientos , si entra alguna vez en su interior , no sentirá al reflexionar que sus diversiones , su inadvertencia , su descuido hacen gemir á una multitud de ciudadanos pobres y miserables , los cuales , despues de haber servido bien al estado , se arruinan en solicitudes inútiles , viéndose reducidos al deplorable estado de hacer antesalas noche y

dia como unos mendigos? No es una verdadera crueldad el tener suspensos entre la esperanza y el temor á unos desgraciados, á quienes una pronta decision hubiera podido salvar de su ruina? Mas en el seno de la abundancia y de los placeres, los grandes no tienen idea alguna de las congojas de los pobres. Ellos arruinan de paso, y aun sin notarlo siquiera, á millares de infelices y desgraciados. El conocimiento y la sensacion de las penalidades mas comunes á los hombres; es posible que estén tan ignorados de los que pueden y deben consolarlos? ¿En que agonías y martirio no debiera vivir un depositario de la autoridad, si pensase en que sus ligerezas y sus inadvertencias pueden causar la infelicidad de un sinnúmero de familias virtuosas, y condenarlas á vivir eternamente en el llanto y la desesperacion?

No aconsejes á los príncipes, dice Solon, lo que les agrada, sino lo que les sea útil. Un ministro complaciente y adulador no hace mas que alimentar en el alma de su señor los vicios á que su señor, el estado y él mismo serán un día sacrificados. La veracidad debiera ser la primera virtud de un ministro fiel; destinado á ver mas de cerca que el príncipe las necesidades, los deseos y las desgracias de los pueblos, no puede menos de ser traidor á la patria y al príncipe, si engaña á este, y le oculta la verdad. El príncipe debe ser conmovido á piedad,

cuando sus súbditos padecen; debe temblar, cuando estos se hallan descontentos; él es quien debe por su estado conocer los males y las disposiciones de su pueblo; y á él le toca acallar sus lamentos y sus quejas. Todo ministro fiel debe ser el ojo de su soberano, y el órgano del pueblo. Esos cortesanos aduladores, que temen disgustar á los reyes ó afligirlos, son prevaricadores y traidores, porque; como un rey debe estar tranquilo, cuando su nacion es miserable?

Mas en los gobiernos imprudentes, vanos y corrompidos, la verdadera grandeza es totalmente desconocida. Tanto el déspota, como sus privados son unos niños, que contentos con gozar de algunas ventajas y de placeres vanos y pasajeros, no fijan su vista en lo venidero. Cada uno procura sacar partido de su poder effmero, y cuida poco ó nada en lo que serán algun día él, el príncipe y el estado. Si es imposible que el poder absoluto forme buenos soberanos, no es menos difícil que este mismo poder forme ministros verdaderamente afectos á sus soberanos, y fieles á sus deberes.

Los ciudadanos mas poderosos, igualmente que los mas débiles, se hallan evidentemente interesados en que se observe la equidad: así encontrarán en las leyes auxilios contra la perversidad y la intriga que pretendieren oprimirlos. La grandeza, para ser estable, debe apoyarse en la justicia; si esta virtud reina en la sociedad,

ella sostiene á todos sus miembros , é impide que ninguno sea castigado sin causa , ó injustamente oprimido. Esta justicia universal y social es una muralla mucho mas segura contra la violencia , que no los vanos privilegios , los inútiles títulos , y las frívolas distinciones que el capricho da y quita á su antojo. La grandeza y el poder ¿ pueden apreciarse en algo , cuando dependen únicamente del capricho de un déspota , de una manceba ó de un visir? El ciudadano que vive en la oscuridad ¿ no vive mas seguro en el goce de sus derechos bajo un gobierno libre , que un ministro el mas acreditado bajo el imperio del despotismo , el cual no es otra cosa que un mar borrascoso perpetuamente agitado de vientos encontrados? Todo déspota es un niño que se complace en romper y destruir los juguetes que le divierten.

Si los ministros ó las personas revestidas del poder , hacen las veces de un soberano justo en las diferentes partes de la administracion , deben de consiguiente hacerle querido de los pueblos , ser justos como él , y hacer amable su autoridad. Uno de los principales deberes de un ministro , y de todo hombre constituido en dignidad , es ser accesible á todos , recibir bondadosa y benignamente las súplicas ó representaciones de los súbditos , y hacerles una justicia imparcial y pronta. Un ministro duro , seco é inaccesible ofende la reputación de un soberano. El que es poco grave en sus modales,

y

y entregado á sus placeres , descuida con gran perjuicio sus negocios , y se hace inútil. Todo ministro público debe ser exacto y grave ; no es decir que use altanería , sino atencion , gravedad en las costumbres , y el decoro que conviene á un puesto respetable. El ministro que solo atiende á los que le rodean , será siempre engañado , y pasará por un ignorante , y á veces por injusto ó vicioso.

Una de las mayores desgracias que siguen á la grandeza y al poder , es la de verse obligados el grande y el poderoso á temer á su misma familia y á los mas queridos amigos , y tener que armarse contra los afectos de su mismo corazon. Sus relaciones con el estado deben siempre pesar y poder mas con él que no sus conexiones particulares : el hombre público no es dueño de sus mismos afectos ; ni debe recibir otras impresiones que las de la justicia y del interes del estado , del que dependen su honor y su gloria. Un ministro que solo es bueno para los suyos , es un hombre de un alma débil y pequeña. *Yo no puedo hacer lo que me pedis , porque sois muy amigo mio* , decia un sugeto digno de su empleo á un favorecido suyo que le pedia una cosa poco justa.

Un ministro pródigo , ó que nada sabe negar , no es un hombre benéfico , sino un débil , un administrador infiel , un prevaricador. Derramar los tesoros del estado para formar hechuras suyas , es hacerse culpable. Todo ministro

Tomo II.

E

que se conduce bien , no necesita ni de partidarios ni de cabalas ; la inocencia de su conducta le basta mientras se halla empleado ; y su conciencia debe ser su fortaleza y su apoyo , cuando deje de estarlo. Arrojar las riquezas del estado á cortesanos hambrientos , ó á grandes siempre codiciosos , es privar de lo necesario al infeliz y desgraciado , cuyas verdaderas necesidades deben ser preferidas á las necesidades imaginarias de la vanidad.

¡ Será posible que los hombres mas ricos hayan de absorberse enteramente las riquezas y las recompensas de las naciones ! No , ciertamente ; ellas están principalmente destinadas para pagar , reanimar y socorrer al mérito laborioso , la tímida pobreza , los talentos afligidos , los servicios hechos al estado. A la honradez desgraciada es á la que el hombre en dignidad debe alargar su benéfica mano. El rico y el grande tienen sobrados recursos para obtener lo que desean , que de ordinario es criminal é injusto. Solamente , por lo comun , para oprimir al inocente , para sofocar los clamores del infeliz , para despojar al ciudadano , para esclavizar al débil , los odiosos y aborrecibles cortesanos importunan á un ministro , pretendiendo de este modo hacerle cómplice en sus iniquidades. Bajo un gobierno injusto , los grandes se consideran desgraciados , si no gozan del horroroso y terrible privilegio de dañar á los otros , haciendo por lo comun consistir en esto su preeminencia.

Por una fatalidad harto comun , los hombres que mas debieran distinguirse en la elevacion de sus almas , muestran una pequeñez incomprendible ; y solo se muestran ocupados de vanidades , de fruslerías , y de juguetes , á los que sacrifican locamente su reposo , su fortuna , su propia seguridad , y la libertad de sus descendientes y de sus conciudadanos. ¡ No parece sino que la grandeza de alma y la razon no existen para los grandes , y que las personas elevadas sobre las demas no se distinguen realmente sino en su imprudencia y sus locuras !

Un extraño trastorno de ideas hace que los grandes , por la mayor parte , se figuren que no gozan del poder , si no pueden abusar de él : crédito , poder , privilegio , grandeza , se hacen sinónimos de licencia , corrupcion é impunidad. Los soberanos y sus subalternos anhelan únicamente hacerse temibles , y en nada procuran hacerse amables : solo desean el poder para destruir á cuantos los incomodan , sin cuidar de atraerse el afecto de nadie. En el concepto de la mayor parte de los grandes , ser poderoso , es ser temible , y por consecuencia aborrecido ; ser grande , es gozar del derecho de ser injusto , de dañar impunemente , de hacerse superior á las leyes , de oprimir al débil y al inocente , de menospreciar é insultar al ciudadano oscuro y desgraciado , y de hollar todo cuanto los hombres tienen de mas sagrado y respetable. Ser grande , á los ojos del vulgo imbecil , es ser

Ea.



dueño de suntuosos palacios , de grandes posesiones á veces mal adquiridas , de trenes magníficos , de soberbios caballos , de una comitiva de criados insolentes , de trages costosos , y de cintas , diges y collares , que indican el favor del príncipe ó de sus ministros ; ser grande , es á veces , no teniendo verdaderas riquezas , hacer un gran papel á costa de una multitud de acreedores , indignamente sacrificados á su vanidad. En fin , ser grande , es tener por su nacimiento el derecho de aumentar la tropa de los esclavos *titulados* , que van vil y cobardemente á hacer la corte á un déspota , ó á recibir los desaires y menosprecios de un ídolo , que apenas deja caer una mirada sobre la multitud envilecida que le rodea. ¡ En estas bajezas , ó en estos crímenes es en lo que los pueblos hacen consistir la grandeza de los ciudadanos que los oprimen ! Cuanto mas injusto es un gobierno , tanto mas insolentes y fastuosos son los grandes ; ellos se vengan con el pobre de las afrentas é injurias que sufren con frecuencia ; y encubren y disfrazan su esclavitud y su verdadera pequeñez con el vano aparato de la magnificencia. Una corte muy brillante anuncia siempre una nacion pobre y miserable , y unos grandes que se arruinan por no parecerlo.

A los ojos de la razon , el poder y la grandeza no son bienes apetecibles sino cuando dan los medios de hacerse querido y apreciable. Ser verdaderamente grande , es mostrar una gran-

deza verdadera de alma ; tener poder y crédito , es hallarse en estado de preservarse de toda injusticia , y de proteger á los otros ; tener privilegios firmes y prerogativas seguras , es poseerlas en comun con los demas ciudadanos. Ser libre , es no temer á nadie , y no depender sino de las leyes sólidamente fundadas en la equidad. Tener valimiento , es poseer los medios de hacer bien á los hombres , y no el fatal poder de dañarlos ; es gozar de la facultad de hacer felices , y no de la horrorosa licencia de insultar á los miserables ; es ser el hombre dueño de sí mismo , y huir de ser esclavo ; es encontrarse en disposicion de derramar beneficios sobre sus semejantes , y no de ejercer el arte infame de arruinarlos con estafas criminales y punibles. Ser noble , es pensar noblemente , es tener unos pensamientos mas elevados que el vulgo ; ser *titulado* , es haber adquirido unos derechos incontestables á la estimacion de sus conciudadanos. Ser hombre de *calidad* , es tener las buenas calidades que le distinguan del comun de los mortales. ¡ Que serán , pues , los grandes que solo se distinguen de los demas hombres en vanos títulos y palabras , en sus vestidos , en sus diges , en meras exterioridades ?